

CAMINA

Vive a prisa, no temas,
busca en cada espada
y en cada hollín
un escudo que te inmunice.
Cubre tus manos de cortezas de
árboles milenarios, sufridos.

Ca
mi
na.

Camina ahora por los prolíficos
senderos de la vida y sonríe,
ríete de que los cardos topen
con las cortezas y se agrieten,
de que las espadas y el hollín
se repriman de habitante, por temor
y de tener no sólo vida, sino
sangre para alimentarla y fuerzas
para combatirla y depurarla

Ca
mi
na.

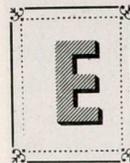
Adriana SEGURA

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA Y SPINOLA

EXTREMEÑO UNIVERSAL

por **Francisco FERNANDEZ SERRANO**

(A. Correspondiente de la R. A. de la Historia)



Le definió a sí mismo, en aquella lección de José López Prudencio, el entonces recién fallecido patriarca de las letras extremeñas, y al año siguiente desde la Salamanca universitaria ratificó su extremeñismo apasionado en una geografía sentimental donde se trazaba el eje de un meridiano de amores, que saltaba desde el Jerte hasta el Guadiana, por encima de la Cáceres de los palacios hoscos.

Pocos paisanos nuestros han hecho una pública profesión de fe extremeña tan vehemente como Elías de Tejada, una fe que confirmaban sus muchas obras: obras escritas, hasta doscientos libros, y obras enseñadas, o realizadas.

Por eso me he dolido que, salvo el "Requiem por un sabio", publicado en el diario madrileño "El Alcázar" y firmado por Pedro Rodrigo, toda la prensa de la capital española, incluido algún periódico en el que aparecían las esquelas, pagadas, de la defunción, haya guardado un injustificado silencio, al desaparecer, al filo de los sesenta años, Francisco Elías de Tejada y Spinola.

Ni los 200 libros, pila inmensa de publicaciones que abarcan y valoran infinitos problemas generales, humanos, y particulares de España y de sus regiones; ni su don de lenguas —conocía treinta idiomas, y dominaba, por lo menos, veinte— ni su larga tarea universitaria iniciada, mucho antes de los treinta años, en Salamanca, continuaba mucho tiempo en Sevilla e incorporada recientemente a la Complutense de Madrid; ni su erudición maravillosa; ni su facilidad para captar problemas y orientar soluciones; ni sus viajes por todo el mundo —evoco los de Islandia, el Tibet y